

PABLO ALZOLA,  
*El silencio de Dios en el cine*

---

Ediciones Cristiandad, Madrid 2022, 292 pp.  
ISBN: 978-84-7057-677-5

La última obra del profesor Alzola abre con cita de Góngora y dedicatoria a la memoria de su padre; un dato no menor en el que, quienes tenemos la suerte de conocer al autor, leemos evidentes síntomas –y una auténtica declaración de intenciones– del humanismo y la vocación que informan el trabajo del filósofo, comunicador y experto en cine.

Ya en su prólogo, Eduardo Torres-Dulce cataloga *El silencio de Dios en el cine* como un extraordinario tratado de cine, un original y provocativo viaje filosófico y teológico a través del medio fílmico (p. 12). Y no hay hipérbole ni cortesía académica en tamaño juicio. En esta su segunda monografía –tras aquella que dedicara al estudio del hogar en la obra del director estadounidense Terrence Malick–, inspirada por el visionado de la película *El gran silencio* (*Die Große Stille*, 2005) un Sábado Santo en pleno confinamiento por la pandemia del coronavirus, el Dr. Alzola eleva, desde una literatura ágil y comprometida, una invitación a la reflexión humanística a partir de la experiencia filosófico-fílmica y con base en una antropológica cristiana.

Aunque el profesor Alzola ha compartido ya con la comunidad académica trabajos de altura en los ámbitos de la filosofía, la comunicación y el cine, está el lector ante una obra no estrictamente científica. El propio Alzola propone *El silencio de Dios en el cine* a modo de libro de viajes que ha de servir al lector para transitar el cine abierto al misterio de Dios (p. 17). A tal fin, el autor organiza el itinerario en nueve capítulos de idéntica extensión y estructura interna, en los que comienza presentando cada una de las *localidades* del mapa (Silencio, Paisajes, Interiores, Rostros, Duda, Conciencia, Creación, Muerte y Gracia), ordenadas de suerte que el trayecto describa un coherente e intuitivo progreso que va de lo grande a lo pequeño, para compartir después una meditación que entrelaza películas recientes con clásicas (Ford, Rossellini, De Sica, Dreyer...) y que culmina en la invitación al lector a continuar la reflexión a partir de una conversación personal con otras sugerencias cinematográficas.

Alzola disfruta de esa extraña combinación de talento, pluma y humildad que informa a los grandes pensadores, y que permite descender trasuntos que rozan lo inefable a la universalidad de lo ordinario. En este

sentido, y como es evidente, hallará el lector en las *meditaciones* recogidas en este libro referencias a películas actuales (*Nomadland*, 2015; *Ida*, 2013; *El hijo de Saúl*, 2015; *Vida oculta*, 2019; *Paterson*, 2016; *Manchester frente al mar*, 2016; o *Lady Bird*, 2017, entre otras) y clásicas; si bien comparecerán todas ellas hábilmente atravesadas por llamadas a las *Escrituras*, a la más diversa literatura universal y a la palabra de pensadores de todos los tiempos, filias y credos. Así, entre las referencias bíblicas, es habitual la cita de los *Evangelios*, del *Libro de Job* o de las *Cartas de Pablo*. Entre las literarias, Alzola hará comparecer a Dostoiévski, Beckett, Góngora, Rilke, Chesterton, Virgilio o Salinger, si bien es de destacar la especial presencia de Juan de la Cruz en los primeros capítulos. Finalmente, las referencias ensayísticas y filosóficas de las que se nutre el discurso de Alzola van desde clásicos de la Antigüedad occidental como Sócrates o Platón, hasta *primeras espadas* del pensamiento cristiano español contemporáneo, como puedan ser Marías (Julián), Zambrano, D'Ors (Pablo), Inciarte, Delclaux o Insausti, entre otros; todo ello sin dejar de lado las debidas referencias a cánones del género filosófico-fílmico como Bazin, Pippin, Girard o Cavell, así como a una amplia nómina de atemporales insoslayables (Thoreau, Kant, san Agustín, Guardini, Teresa de Jesús, Kierkegaard, Newman, Joseph Conrad, Frankl, Arendt, Zweig, George Steiner, Nietzsche, Emerson, Lewis, Albert Camus, etc.). Todo ello magistralmente aliñado con declaraciones realizadas por los propios directores de las películas objeto de comentario, y oportunamente atravesado por la guía y el acompañamiento espiritual de Ratzinger, cuya enseñanza rescata Alzola con pulso de redero desde algunas de las obras más accesibles del Santo Padre Emérito recientemente fallecido.

En este trabajo, en suma, el profesor Alzola ahonda en los estratos de lo sublime que se muestra al hombre en las formas del misterio. Y lo hace desde la propuesta de un *mirar* que habilite la experiencia estética del encuentro a partir de la oportunidad que brinda el medio fílmico. Experto en la técnica audiovisual y ducho en cada afluente de las artes cinematográficas, Alzola analiza planos cuidadosamente y zurce, con poso de leído humanista, encuentros de incalculable valor filosófico que aúnan la experiencia fílmica y una teodicea encarnada. En este sentido, nuestra humilde lectura halla en *El silencio de Dios en el cine* un testimonio antropológico esperanzador, tan necesario en tiempos de vértigo y posverdad. Ante todo, está el lector ante un autor honesto, un maestro de la lectura fílmica que abreva en cada una de las formas de la estética, y que atraviesa metódica y pulcramente su mirar con la voz viva de las *Escrituras*. Siempre procurando, igual que hiciera Tomás de Aquino en su *Suma Teológica*, huir de fórmulas de superflua erudición. Y es que,

como Giannoli, también Alzola parece haber aprendido a amar el misterio, así como a habitar sus connaturales: la duda y el silencio. No en vano, y como apunta el propio autor, “el silencio es la tierra fecunda de la acción creadora”, hasta el punto de que “diríase que en el fondo de toda creación late una presencia misteriosa, inexplicable, que nos invita a callar” (p. 173).

Dice Alzola en el capítulo final de su libro que la discreción, la sobreabundancia y la concreción constituyen el triple rasgo de la gracia, y que “Dios señala a las personas sin miedo a mostrarse vulnerables como aquellas que encarnan la gracia, ya que su apariencia humilde esconde a los ojos de los demás el tesoro que llevan consigo” (p. 238). Damos fe de que el propio autor es uno de esos *señalados*; y, este libro, un *tesoro* que no ha de permanecer oculto.

JULEN A. CARREÑO